



NUEVO
TALENTO
CROSSBOOKS

NATALIA
TORVISCO

*Hasta
que el cielo
se apague*

CROSS
BOOKS



NATALIA
TORVISCO

*Hasta
que el cielo
se apague*



CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Natalia Torvisco Oto, 2023
© de la imagen de cubierta: Nuria Riaza

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2023
ISBN: 978-84-08-26677-8
Depósito legal: B. 21.309-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



«Nadie en este mundo ni en ningún otro podrá afirmar nunca con seguridad que no tiene ningún defecto.» Esas eran las palabras que mi madre me decía cuando era pequeña, y yo las repetía una y otra vez, como un mantra. No entendía entonces a qué se refería, pero ahora, ya pasado el tiempo, puedo alcanzar a ver el propósito de aquella oración.

Hoy, día 2 de octubre, cumplo veinte años. Esta edad, para la mayoría de las personas, es un tránsito; pasar del uno al dos es emocionante. Pero para mí solo es un número más, un grano de arena menos de un reloj demasiado pequeño.

Me desprendo de las sábanas con cuidado y me quedo sentada al borde de la cama, contemplándome en la luna del armario. Me observo, casi riendo, y veo a una chica de aspecto sano, con las mejillas sonrosadas, el color más bonito que veré antes de que todo empeore.

Arrugo la nariz. Un olor a frambuesa inunda mi habitación. Es el segundo cumpleaños que celebra mi padre con una venda en los ojos. A mí me pone de los nervios. Pero cuando recorro el pasillo y lo observo desde la puerta de la cocina tratando de evitar que la mermelada rebose torpe-

mente de la tarta de queso, las ganas de reprocharle sus intentos de obviar la realidad se esfuman.

Me acerco a la mesa, atravesando el suelo de la cocina de puntillas, huyendo del frío, y ocupo una silla en silencio mientras cojo mi medicación, preparada sobre una servilleta junto a un vaso de agua, y me la tomo.

—Daniela, estás descalza —me regaña—. Vas a ponerte enferma.

«Ya estoy enferma.»

Sacude la cabeza y carraspea, siempre hace lo mismo cuando piensa.

Mi padre me felicitó anoche a las doce en punto, nunca vuelve a felicitarme una segunda vez. Parece tener una lucha interna en cada cumpleaños. Su exterior lo celebra; su coherencia lo lamenta. Se lleva un poco mal con ella.

Cuando termina con la mermelada, se da la vuelta con la tarta en las manos, sonriendo, con los ojos brillando de emoción. Hay una vela, una única vela. Dejó de poner los números desde que me diagnosticaron la FPI (fibrosis pulmonar idiopática). Ese día entró en la fase de negación, y, por mucho que luche por salir de ella, lleva dos años allí metido. Supongo que le pareció familiar regresar a ese rincón, después de pasar por lo mismo que había pasado con mi madre.

Toso, un minuto. Ha sido corto.

Fibrosis pulmonar idiopática. La primera vez que escuché ese término fue a los nueve años, cuando me dijeron que mi madre había tenido mala suerte. *Mala suerte*. La *mala suerte* de que le alcanzara una enfermedad que afecta en su mayoría a los hombres, a uno entre cien mil. *Mala suerte*, porque, encima, era mujer. Yo en aquel momento no comprendí qué suponía eso para nosotros. Solo lo comprendí —y lo creí— cuando la enterraron, cuatro años después. Yo tenía trece, una vida por delante y una mejor amiga. Mi padre me tenía

a mí, y se volcó. Se volcó tanto que trató de cubrir el vacío que había dejado mi madre con lo único que le quedaba. Me sacó del colegio y me educó en casa. Supongo que, de algún modo, también pretendía salvarme y guardarme del frío. No era común, pero la fibrosis se debía a una mutación de un gen, yo corría riesgo. Quizá, debió de pensar, si no se resfría y no se enferma, no le pasará nada.

Mala suerte.

Cojo una cuchara y miro a mi padre mientras parte la enorme tarta después de que sople la vela. Su pelo es una sombra en su cabeza, azabache, como su barba, y su aspecto, incluso en chándal, sigue resultando tan intimidante como lo era ocho años atrás como *teniente Carlos Blanco* de la Armada. Aunque a mí no me intimide nada.

—¿Puedo comerme solo la galleta? —pregunto.

—Puedes comerte lo que quieras. —Sonríe y me besa la frente, se lleva consigo el vaso de agua y lo cambia por un zumo de melocotón, mi favorito. Después se sienta conmigo, y hablamos de todo y de nada, pero nunca de la enfermedad, nunca del tiempo, nunca de planes. Es muy dramático. Y, cuando toso de nuevo, el drama rebosa de sus ojos.

Yo no puedo evitar reírme, a pesar de todo. Mi padre, en sus momentos de lucidez, lejos de su fachada de *todo va bien*, siempre suplica que caiga sobre mí uno de esos milagros peliculeros. Yo le beso la mano y le digo que disfrute, que ya existe milagro en la propia vida. Pero él siempre me ignora, él nunca ve las cosas extraordinarias que yo veo. Supongo que es resultado de la falta de tiempo. El mundo se muestra diferente, y yo quiero descubrirlo *todo*.

Me azuza de pronto para que abra su regalo. Yo me quejo, dando un respingo. Le hago un gesto con la mano para que me deje tragar y respirar. Siempre hace lo mismo, un día

me atragantaré y la enfermedad maldecirá por haberle quitado el protagonismo de mi muerte.

—Te lo traeré yo —resuelve.

—I-impaciente —balbuceo con la boca llena.

Me tiende el regalo, colocándolo al lado del plato, y espera. Yo dejo la cuchara y acerco hacia mí la caja, la recojo y la muevo junto a mi oído para tratar de averiguar qué demonios hay dentro, pero no se oye nada.

—¿Qué es?

Mi padre arruga el ceño.

—Ábrela de una vez.

Yo me río, y toso.

Desenvuelvo el paquete y contemplo el regalo. Joder. Una cámara instantánea. ¡Una cámara instantánea! Hay una nota: «Para que fotografíes el mundo como tú lo ves». Me lanzo a sus brazos y lo lleno de besos.

—¡Es genial, papá, gracias! —Lo abrazo—. ¡Voy a enseñársela a Cat!

Camino rápido hasta la puerta y me calzo sus enormes botas de la entrada. Salgo en pijama al pasillo y llamo a la puerta de enfrente con insistencia, sin dejar de mirar mi caja.

Me abre a los cinco segundos, me estaba esperando. Su sonrisa angelical me recibe con un beso, y sus brazos con un fuerte achuchón. Sus padres me felicitan con sonrisas semejantes; parece de familia, pero no lo es. Cat me arrastra con ella a su dormitorio inmediatamente después, y su sonrisa se apaga para convertirse en un gesto más atrevido, lanzándose conmigo a la cama y susurrándome al oído la melodía de *Cumpleaños feliz* mientras salta frente a mí sobre su colchón de dos metros de ancho. Su pelo blanco sube y baja a su alrededor en sentido opuesto a su movimiento. Yo le pego una patada para que se caiga y deje de hacer que me sacuda como un pez fuera del agua.

—¡Joder, Cat, casi poto! —me quejo, estrujando la caja sobre mi pecho.

Toso, y ella se ríe y me da un beso en la mejilla.

—Eres una infantil. —Sigo tosiendo.

—Ya tengo dieciocho años —se indigna. Los ha cumplido hace un mes—. ¡Vamos, esta noche saldremos! —sentencia de pronto, abriendo su armario—. ¿Estás bien? —Se gira un momento, esperando a que deje de toser.

Cat sabe que estoy enferma, y conoce todas las particularidades de mi enfermedad. A ella, al contrario que a mi padre, no le importa hablar del tema si es necesario, aunque prefiere dejarlo pasar. Ambas sabemos lo que sucederá tarde o temprano. No tiene sentido hurgar en la herida.

—Sí —respondo, recuperada. Me levanto y me acerco a ella—, ¿adónde quieres ir?

—A algún lugar donde te dejen llevar esto. —Saca un vestido de terciopelo de color burdeos, con tirantes como hilos y vuelo ligero. No es para mí. Y ella lo sabe. Aun así, lo estampa en mi pecho para ver cómo me quedaría.

—No pienso ponerme eso —aseguro.

—Aguafiestas. —Tira el vestido al montón de ropa que tiene sobre la silla de su escritorio.

Yo la contemplo mientras rebusca entre perchas y cajones, tratando de escoger a las nueve de la mañana qué se va a poner a las nueve de la noche. Sonrío mientras me siento de nuevo en la cama. Caterina Soler es mi giro de ciento ochenta grados. Todo lo que yo no soy lo es ella. Supongo que por eso encajamos.

—Mira. —Le enseño la cámara.

A ella se le abren los ojos como platos, como si no hubiera contemplado nada igual —aunque llevo con esto en la mano desde que he llegado—, y con dos saltitos y dos palmadas, me pide que la llevemos esta noche.

—No se va a ver nada.

—¡Claro que sí! ¡Si tiene *flash!* —Me coge la mano y tira de mí—. Ven, bájame esos zapatos. —Señala la parte alta del armario, donde tiene la mayor parte del calzado con tacones, porque una no puede ocupar espacio con cosas que no se pone habitualmente.

—Tienes una silla a un metro de ti, Caterina —me quejo—. ¿Estos? —Ella asiente y yo me estiro para cogerlos.

Unos minutos después, ya tiene el modelo completo. Tras una mirada en el espejo, vuelve a ponerse el pijama, satisfecha, y empieza a recoger todo con prisa, vigilando la puerta. Seguramente cambiará todo el atuendo antes de salir esta noche.

—¿Vemos una peli después de comer? ¿De Yon Malcolm? Está a punto de estrenar una nueva. —Se sienta en el suelo frente a mí, tras dejar su habitación impecable, y coge el móvil para buscar la información. Está hecha una bola, con sus brazos rodeando sus piernas. Siempre se sentaba así en el hospital, cuando me acompañaba a visitar a mi madre—. En dos meses, a principios de diciembre. Podríamos ir a verla al cine.

Yon Malcolm es el actor favorito de Cat, y no podría ser para menos: veinticuatro años embutidos en un cuerpo tonificado de metro ochenta y cinco y una cara muy cercana a la perfección. Cat lo describe con mayor exactitud, según dice, aunque a mí me suena más a una fan desquiciada que a otra cosa:

«—Tienen que usarse adjetivos únicos, como él. ¿No te has dado cuenta? Sus ojos son verdes y castaños. Y su sonrisa... tiene la amplitud (¿amplitud?) perfecta, ni muy abierta ni muy pequeña. —Me enseñó una foto—. ¿Y has visto su pelo? Este color no es normal, mira. ¡Mira! ¡No estás mirando! Es pardo y negro. ¿Ves? —Suspiró, como si lo tuviera de-

lante de las narices—. Ojos *verdaderos*, labios *abieños* y pelo *pargro* —dictaminó».

Vamos, un engendro, para quien la oiga.

—Oye, Cat, hoy tengo que volver a las doce —le digo, cuando concretamos el día del cine.

Ella me mira con sorpresa, y sus ojos negros comienzan entonces a oscurecerse, alcanzando un color imposible.

—¡Ni de coña! ¡Es tu cumple! —exclama, levantándose de golpe.

Yo me sobresalto.

—¿Qué haces?

Abre la puerta de la habitación. Cojo la caja y la sigo. Sonrisa amable, ojos dulces. Salimos de su casa. Sonrisa diabólica, ojos encendidos. Empieza a aporrear mi puerta como un orangután.

—¡Teniente! —Siempre llama a mi padre así—. ¡Teniente!

—Tus padres te tienen que estar oyendo seguro —digo con pereza.

Y mi padre abre, y debe de olerse algo, porque se pone rígido y saca pecho, preparado para defender sus ideas, decisiones y cualquier cosa que nos propongamos atacar. No está, por supuesto, preparado para las súplicas (órdenes), ojos vidriosos y excusas bien elaboradas de Caterina. Así que lo único que puede hacer como consuelo a su orgullo es concedernos de forma estricta media hora más. Pero a Cat le parece mejor la una, es una hora más redonda. Y a mi padre, tras tres minutos y veintiséis segundos, también.